1551 1951

SÆCULARIS ANIMA PATRIÆ

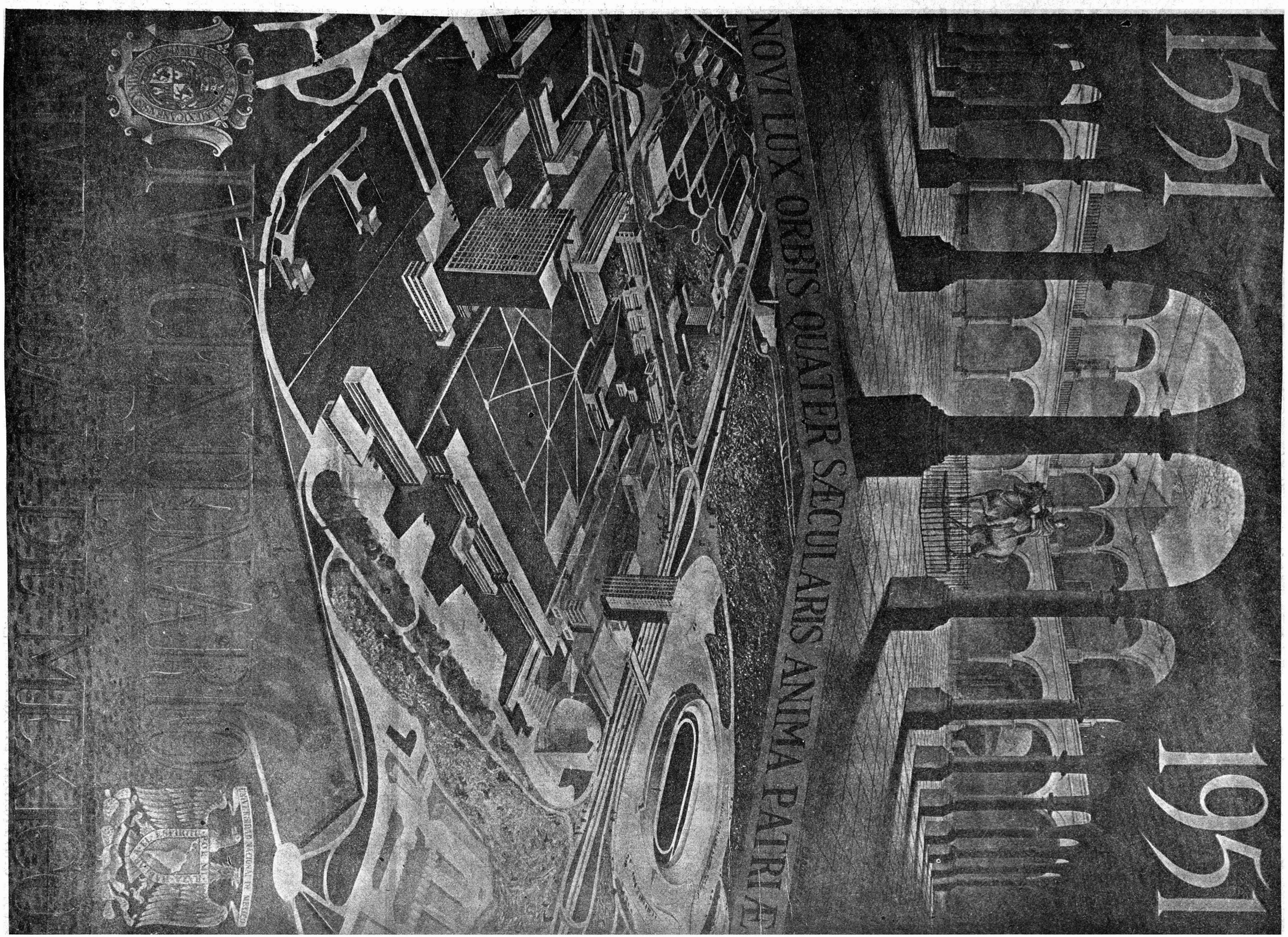
NOVUM ORGANUM

IV CENTENARIO

DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

LOS CARTELES CONMEMORATIVOS



La Universidad Nacional

POR MANUEL GONZALEZ RAMIREZ

Cuatro siglos de cultura occidental han hecho posible el homenaje a nuestra Casa de Estudios. Siglo y medio de via crucis político e ideológico, isócronamente, nos pone en condiciones de celebrar el cuadragésimo primer año de la Universidad Nacional. Cuando su ilustre fundador, don Justo Sierra, dijo en el discurso de inauguración que la nueva Universidad no tenía árbol genealógico ni filiación con la antigua, Real y Pontificia, dijo una verdad desconcertante, pues a renglón seguido agregó que entre una y otra sólo había la relación que daba el pasado, la relación de constituir raíz la colonial, de la del México independiente; de ser precursora la primera de la segunda. Y ha sido así en efecto, pues las dos etapas de nuestra existencia cultural están demasiado y firmemente delimitadas, que la historia del Alma Mater nada más puede ser considerada como dos capítulos de los altos negocios del espíritu.

En el panorama de la Universidad Real y Pontificia la teología y la escolástica señoreaban a los ánimos. Se servía al Rey y a la Iglesia, porque de esa manera se estimaba servir a Dios. Y pues los antecedentes grecolatinos eran esencia y presencia de la cultura que trajeron los primeros maestros, los humanistas proliferaron y fueron ornato de la Casa que en México ordenara constituir el poderoso Carlos V, a imagen y semejanza de la benemérita Universidad de Salamanca. Se hablaba y pensaba en el bello lenguaje del Lacio; y en latín fué escrito el primer elogio, de que se tiene noticia, para honrar a nuestra ciudad por la boca de Cervantes de Salazar. Mas un profundo sentido político, que siempre preocupó a los conquistadores, llevó a la Universidad novohispana a enseñar las lenguas autóctonas, como recurso de penetración, tal necesidad imperiosa de acercarse a los vencidos indígenas por el medio de relación humana que es el idioma. Y de ese modo fué título de sabiduría hablar en náhuatl, lengua autóctona, vehículo de que se servían los antiguos mexicanos para entenderse entre sí. De ahí que durante los primeros siglos de la Real y Pontificia Universidad el latín, el español, y las lenguas autóctonas fueran usados para enseñar a servir al monarca y a honrar a la iglesia, para mayor gloria de la Teología, y auge de la escolástica.

Cambiaron los tiempos. Lo que respondió brillantemente a las exigencias de las épocas que le tocara vivir con esplendor, fué quedando rezagado. Los seminarios se convirtieron en venero de las nuevas inquietudes. De los seminarios surgieron nuestros primeros héroes de la independencia política, dándose el caso singular de que el padre de la patria hubiera obtenido la experiencia de la vida, en el rectorado de un centro de cultura: el Colegio de San Nicolás, de Valladolid. Claro que la tragedia política del siglo XIX mexicano tuvo que alcanzar a la Universidad Real y Pontificia; y puesto que ya no llenaba su misión, fué clausurada. Y fué clausurada definitivamente, pese a los varios intentos de reanimarla por parte de los regímenes conservadores y la acción de los arzobispos.

La clausura de la antigua Casa de Estudios fué indudablemente un acto político llevado al cabo por los liberales. No por razón de odio a las cuestiones del espíritu como solía propalarse; sino por la causa sencilla de que todo nuevo orden de cosas exige flamantes métodos de enseñanza. Para entonces estaba surgiendo la nación, y la ciencia había reemplazado a la teología. Rebeldes al Rey, no podíamos seguir enseñando la sumisión a la Corona. Separados de la Iglesia, por causas preponderantemente imputables a la Corte del Vaticano, el estado mexicano no podía prohijar un vínculo hacia esa potestad, que claramente lo estaba combatiendo en todos los órdenes de la convivencia social. Por lo demás las preocupaciones de los siglos anteriores habíanse reemplazado por el deseo del hombre, expresado en forma de vivir el mundo de lo terreno, que es, igualmente, el reino de Dios. Con los pies en la tierra, el mundo se presentaba como la conquista necesaria para el espíritu y para el pensamiento. Por eso la ciencia era el lenguaje que entendían los hombres del siglo XIX; el que se ha proyectado en nuestra centuria. Bajo esos auspicios Justo Sierra abrió las puertas de la nueva Universidad, después de las vicisitudes que trajeron consigo las luchas cruentas y las diferencias entre nosotros. Magistralmente el maestro diferenció las dos tendencias, con estas palabras: "Los fundadores de la Universidad de antaño decían: la verdad está definida, enseñadla; nosotros decimos a los universitarios de hoy: la verdad se va definiendo, buscadla. Aquéllos decían: Sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey. Nosotros decimos: sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad."

Los cambios eran notorios. La teología había dado paso a la ciencia. La Universidad no era ya una confederación medieval de maestros y discípulos, sino una confederación de ciencias. El nuevo órgano a quien tenía que servir la Universidad era la Nación: de ahí el rubro que la acompañaba, pues debería ser nacional por su espíritu y por su contenido. Con todo, debe subrayarse un hecho. La nueva Casa de Estudios al iniciar sus actividades bajo los auspicios de la ciencia, rindió homenaje en las personas de los sabios descubridores del suero antidiftérico, de la antisepsia en los campos de la cirugía, del microbio del paludismo, rindió homenaje, digo, a la actividad científica. Pero al mismo tiempo, Justo Sierra, apartándose del positivismo, acogió a la metafísica y a las humanidades para que enriquecieran los planes de estudio de la Nueva Universidad y provocaran inquietudes en los jóvenes espíritus. Fué una herencia que, al aceptarla, honró a su fundador. Y fué el legado que ha hecho posible que este año de 1951, conjuntamente los mexicanos recordemos la fundación de la Universidad del Rey y de la Iglesia, con los comienzos de la Universidad Nacional, en los planos superiores de la síntesis.

Fiel a su destino, la nueva Casa ha estado abierta a la duda científica y a la investigación filosófica. Ha recibido todas las tormentas de la vida y de los tiempos, porque es espíritu suyo el pensamiento del fundador, que igualó a León XIII y a Carlos Marx en el elogio sobrio que reconoce los valimientos humanos. La libertad significa para ella el más alto de los dones, y por tal razón, en sus cátedras todas las tendencias tienen hospitalidad, a condición de que sean inquietudes de linfa pura. Y cuando supo del fracaso de la ciencia para resolver el problema del hombre, entonces buscó en la ética el factor que resolviera tan angustioso problema. Se acercó al pueblo, que era tanto como acercarse a la nación. Y enseñó que, más que en el derecho, la salvación está en cumplir con el deber.

Acercarse al pueblo siempre trae consigo una función demagógica. Mas la generación del 29, a la sombra de sus grandes maestros, Caso y Vasconcelos, exigió para la juventud el sitio de la responsabilidad. Para esa generación, la vida no es una gracia ni dádiva del destino, sino deber, el más alto deber que tiene el hombre. He aquí por qué la Universidad no ha halagado las bajas pasiones de las turbas, sino concurrido a las grandes tragedias y problemas del México de nuestros días, participando de ellas porque fué fundada para servir a la patria.

Mas no en vano el deber se convierte en paradigma, pues es insaciable en sus exigencias. Frente al mundo conturbado de nuestros días la inteligencia debe constituirse en el factor decisivo del drama, para que la humanidad alcance la salvación. La Universidad Nacional así lo entiende. Es de esperarse que prepare a las generaciones, actuales y venideras, en el difícil arte del sacrificio. Pues nada más a ese precio, la inteligencia cumplirá con la dura misión que le tienen encomendada los tiempos.

La República toda se ha conmovido con el IV Centenario de la Universidad. Y ha honrado a su Casa de Estudios en el cuadragésimo primer año de los servicios a la patria. Lo ha hecho, porque reconoce que la primera de esas Universidades moldeó a los espíritus para formar nuestra tradición española. Que por lo que atañe a la Universidad Nacional, exalta su adhesión a la patria como algo incuestionable. Pero esos honores tienen, a la vez, el valor de una esperanza, el de la esperanza que la inteligencia salve al mundo. Siendo esto así ¡que la Universidad Nacional de México sepa cumplir con su destino!